

## Curso de Cristología

Aunque el hecho de la palabra "Cristología" encierra una abundancia de temas teológicos y espirituales (La cristología no es la formulación de proposiciones reveladas sino que es la respuesta cristiana a lo que Jesús es para nuestras vidas), nos centraremos ahora en los principios del significado de la misma.  
[es.encarta.msn.com/encyclopedia\\_761562497/Cristolog%C3%ADa.html](http://es.encarta.msn.com/encyclopedia_761562497/Cristolog%C3%ADa.html)

Primero que nada tenemos que entender que "Cristología" significa el estudio de Cristo en relación a nuestra vida tanto humana como espiritual. Esto se enfoca en la búsqueda de Dios encarnado en el mundo para la salvación del mismo. Todos los creyentes, profesamos una sola fe en Cristo y vivimos una fe llena de esfuerzo, sacrificios y brindando la abundancia del amor que él mismo derramó en la Cruz del Calvario por todos los hombres, para la salvación de los pecados.

Es importante pues que comprendamos que en este curso veremos solamente una mínima parte de lo que eso significa para nuestras vidas.

Nos basaremos en el documento del Papa Juan Pablo II titulado: "Jesucristo verdadero hombre" Este documento consta de cuatro partes

- 1) Jesucristo verdadero hombre
- 2) Semejante a nosotros menos en el pecado
- 3) Amigo de los pecadores, solidario con todos los hombres
- 4) Aquel que se despojo a sí mismo

**Jesucristo verdadero Dios y verdadero Hombre:** es el misterio central de nuestra fe y es también la verdad clave de nuestras catequesis cristológicas. La Biblia nos habla en el Evangelio de San Juan en el capítulo 1 y verso 1 en adelante que: "En el principio era el Verbo" y que "el Verbo se hizo carne" Carne (en griego "sarx") significa el hombre en concreto, que comprende la corporeidad, y por tanto la precariedad, la debilidad, en cierto sentido la caducidad ("Toda carne es hierba", leemos en el libro de Isaías 40: 6). *Jesucristo* es hombre en este significado de la palabra "carne" y lo más interesante nos dice el Evangelio que "El Verbo habitó entre nosotros" Jn 1:1-14. El punto de arranque es aquí la verdad de la Encarnación: "Et incarnatus est de Spiritu Sancto", profesamos en el Credo.

Hemos visto ya que en los Evangelios, Jesucristo se presenta y *se da a conocer como Dios-Hijo*, especialmente cuando declara: "Yo y el Padre somos una sola cosa" (Jn 10: 30), cuando se atribuye a Sí mismo el nombre de Dios "Yo soy" (Jn 8: 58), y los atributos divinos; cuando afirma que le "ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra" (Mt 28: 18): el poder del juicio final sobre todos los hombres y el poder sobre la ley (Mt 5: 22. 28. 32. 34. 39. 44) que tiene su origen y su fuerza en Dios, y por último el poder de perdonar los pecados (Jn 20: 22-23), porque aun habiendo recibido del Padre el poder de pronunciar el "juicio" final sobre el mundo (Jn 5: 22), Él viene al mundo "a buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc 19: 10).

Aunque en estas lecturas Jesús denote que es verdaderamente Dios, también es cierto que es hombre cuando nace de Mujer y se muestra al mundo en su humanidad, con sentimientos, con angustias y tribulaciones. Pero este Jesús que, a través de todo lo que "hace y enseña" da testimonio de Sí como Hijo de Dios, a la vez se presenta a Sí mismo y se da a conocer como *verdadero hombre*. Todo el Nuevo Testamento y en especial los Evangelios atestiguan de modo inequívoco esta verdad, de la cual Jesús tiene un conocimiento clarísimo y que los Apóstoles y evangelistas conocen, reconocen y transmiten sin ningún género de duda.

Este modo de aclarar la verdadera humanidad del Hijo de Dios es hoy indispensable, dada la tendencia tan difundida a ver y a presentar a Jesús *sólo como hombre*: un hombre insólito y extraordinario, pero siempre y sólo un hombre. Esta tendencia característica de los tiempos modernos es en cierto modo antitética (Del lat. *antithēsis*, y este del gr. ἀντίθεσις, de ἀντί, contra, y θέσις, posición) a la que se manifestó bajo formas diversas en los primeros siglos del cristianismo y que tomó el nombre de "*docetismo*" (Herejía de los primeros siglos cristianos, común a ciertos gnósticos y maniqueos, según la cual el cuerpo humano de Cristo no era real, sino aparente e ilusivo.). Según los "docetas" *Jesucristo era un hombre "aparente"*: es decir, tenía la apariencia de un hombre pero en realidad era solamente Dios.

Frente a estas tendencias opuestas, la Iglesia profesa y *proclama firmemente la verdad sobre Cristo como Dios-hombre*: verdadero Dios y verdadero Hombre; una sola Persona —la divina del Verbo— subsistente en dos naturalezas, la divina y la humana, como enseña el catecismo. Es un profundo misterio de nuestra fe: pero encierra en sí muchas luces.

Esta carne —y por tanto la naturaleza humana— la ha recibido Jesús de su Madre, María, la Virgen de Nazaret. Si San Ignacio de Antioquía llama a Jesús "sarcóforos" (Del gr. Σαρκο –sarco- y del gr. -φόρος, -foros- de la raíz de φέρειν, llevar = que lleva consigo la carne. *Ad Smirn.*, 5 -[http://escrituras.tripod.com/Textos/EpIgnacio.htm# 6](http://escrituras.tripod.com/Textos/EpIgnacio.htm#6)- ), con esta palabra indica claramente *su nacimiento humano de una Mujer*, que le ha dado la "carne humana". San Pablo había dicho ya que "envió Dios a su Hijo, nacido de mujer" (*Gál 4: 4*).

Como verdadero hombre, hombre de carne (sarx), Jesús *experimentó el cansancio, el hambre y la sed*. Leemos: "Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, al fin tuvo hambre" (*Mt 4, 2*). Y en otro lugar: "Jesús, fatigado del camino, se sentó sin más junto a la fuente... Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: dame de beber" (*Jn 4: 6-7*).

Jesús tiene pues un *cuerpo sometido al cansancio, al sufrimiento, un cuerpo mortal*. Un cuerpo que al final sufre las torturas del martirio mediante la flagelación, la coronación de espinas y, por último, la crucifixión. Durante *la terrible agonía*, mientras moría en el madero de la cruz, Jesús pronuncia aquel su "Tengo sed" (*Jn 19, 28*), en el cual está contenida una última, dolorosa y conmovedora expresión de la verdad de su humanidad.

*Sólo un verdadero hombre ha podido sufrir* como sufrió Jesús en el Gólgota, sólo un verdadero hombre *ha podido morir* como murió verdaderamente Jesús

La verdad de la Resurrección se atestigua inmediatamente después con las palabras: "*al tercer día resucitó de entre los muertos*".

La Resurrección confirma de modo nuevo que Jesús es verdadero hombre: si el Verbo para nacer en el tiempo "se hizo carne", cuando resucitó volvió a tomar el propio cuerpo de hombre

Resucitar quiere decir volver a la vida en el cuerpo. Este cuerpo puede ser transformado, dotado de nuevas cualidades y potencias, y al final incluso *glorificado* (como en la Ascensión de Cristo y en la futura resurrección de los muertos), pero es cuerpo *verdaderamente humano*. En efecto, Cristo resucitado se pone en contacto con los Apóstoles, ellos lo ven, lo miran, tocan a las cicatrices que quedaron después de la crucifixión, y Él no sólo habla y se entretiene con ellos, sino que incluso acepta su comida: "Le dieron un trozo de pez asado, y tomándolo, comió delante de ellos" (*Lc 24: 42-43*). Al *final* Cristo, con este cuerpo resucitado y ya glorificado, pero siempre cuerpo de verdadero hombre, *asciende al cielo*, para sentarse "a la derecha del Padre".

Por tanto, verdadero Dios y verdadero hombre. No un *hombre aparente*, no un "fantasma" (*homo phantasticus*), sino hombre *real*. Así lo conocieron los Apóstoles y el grupo de creyentes que constituyó la Iglesia de los comienzos. Así nos hablaron en su testimonio.

Notamos desde ahora que, así las cosas, *no existe en Cristo una antinomia entre lo que es "divino" y lo que es "humano"*. Si el hombre, desde el comienzo, ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gén 1: 27; 5: 1*), y por tanto lo que es "humano" puede manifestar también lo que es "divino", mucho más ha podido ocurrir esto en Cristo. Él *reveló su divinidad mediante la humanidad*, mediante una vida auténticamente humana. Su "humanidad" sirvió para revelar su "divinidad": su Persona de Verbo-Hijo.

Al mismo tiempo Él como Dios-Hijo *no era*, por ello, "*menos*" hombre. Para revelarse como Dios no estaba obligado a ser "menos" hombre. Más aún: por este hecho Él era "*plenamente*" hombre, o sea, en la asunción de la naturaleza humana en unidad con la Persona divina del Verbo, Él realizaba en plenitud la perfección humana. Es una dimensión antropológica de la cristología, sobre la que volveremos a hablar en las siguientes clases.

Es necesario que nos demos cuenta de la importancia de reconocer y mejor dicho vivir y experimentar el nuestras propias vidas el ejemplo de Dios encarnado en su Hijo Jesucristo, pues si bien es cierto como lo leímos en los párrafos anteriores es completamente Dios y Hombre, él nos da las pautas para vivir una vida plena consagrada y entera en santidad para llegar en medio de nuestras duras batallas, nuestras penas, nuestras tentaciones, nuestras debilidades, enfermedades, etc., a una santa cruz preparada para cada uno al final de nuestro caminar en este cuerpo mortal, sabiendo que de la cruz damos el brinco para la vida eterna, no ya con este cuerpo, más bien con el propio espíritu que se llenará de la luz radiante de Dios, de quien venimos y a quien vamos.

Claro que es difícil el camino. Pero se hace más difícil cuando lo caminamos solamente pensando en la carne y sus debilidades. Recordemos una vez más que Jesús despojándose de su divinidad o igualdad con Dios, se humilló hasta la muerte (Fil 2: 6-8) y durante su pasión que lo llevó a la Cruz del Calvario, supo reconocer que su carne (sarx) siendo débil necesitaba de la fortaleza de Dios. Del mismo modo él nos enseña que nosotros siendo de la misma naturaleza (sarx), debemos de reconocer que estamos necesitados del Espíritu de Dios para sobre llevar todo aquello que nos aflige y que no nos deja completar la misión a la cual hemos sido llamados.

Por falta de entender este misterio es que muchos se pierden y optan por ideologías gnósticas y piensan y creen que solamente en uno mismo puede el hombre confiar para la solución de sus lamentos. No quieren aceptar la realidad latente que existe en el misterio de su encarnación y se cuestionan la posibilidad de Dios hecho carne, así como le sucedió a Felipe en el relato de San Juan en su Evangelio "Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta" Jn 14: 8

Hoy día vivimos un mundo que se aferra más a la ciencia, preocupándose más por buscar un del por qué de la vida y no por profundizar en la fe que nos abre las puertas para el encuentro con el Señor. Nos estamos olvidando día tras día que Cristo en su humanidad, vino a darnos la sabiduría para un porvenir mejor. Si tan siquiera nos abriéramos a sus enseñanzas, nos daríamos cuenta que lo que hoy día habla la ciencia atea lo pudiéramos descubrir en el "amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo" Mc 12: 30-31

En cierto modo somos quizás como Santo Tomás cuando incrédulamente le responde a sus compañeros apóstoles: "Hasta que no ve la marca de los clavos en sus manos, no meta mis dedos en los agujeros de los clavos, y no introduzca mi mano en el agujero de su costado, no creeré" Jn 20: 25b Eso es lo que el mundo actual nos pide: "Dame una prueba de que en realidad Jesús existe y entonces creeré" El problema radica en nuestro propio comportamiento. No somos nosotros mismos claros en lo que profesamos. Hay dudas en nuestros corazones sobre la encarnación de Cristo; hay duda sobre la virginidad de María; hay duda de nuestro servicio y nuestra apertura a seguir el camino que nos conduce a vivir nuestra propia pasión, en medio de desiertos y desolación. No encontramos respuesta a lo que otros nos dicen sobre este misterio y nos dejamos inundar por ideologías absurdas fundamentadas en simples paranoias de hombres que como nosotros un día dudaron sobre Dios, sobre su juicio, sobre su Hijo quién vendría a darnos la oportunidad de salvarnos de la muerte por consecuencia de nuestros pecados.

La realidad es que si tan siquiera dedicáramos un momento para digerir todo aquello que encierra el misterio de la encarnación (Et incarnatus est de Spiritu Sancto), entonces nos daríamos cuenta que si vale la pena experimentar en carne propia los dolores y sufrimientos que le hicieron falta al Cuerpo de Cristo (Col 1: 24; 2 Cor 1: 6)

De eso se trata, de vivir una vida plena en Cristo aquí en la tierra, en la carne pues si bien es cierto que él hecho Hombre, vivió, sufrió y murió, también es cierto que resucitó para la vida eterna y para allá vamos todos los que vivimos de acuerdo a su plan perfecto de amor. Porque la cristología no es una ciencia o un método de vida, es más bien, el de saber descubrir la grandeza de Dios en su Hijo Jesucristo que vino a demostrarnos que sí, que si hay una manera efectiva de vivir la vida, sin importar lo que atravesemos en el proceso. Y claro, esto no quiere decir que como máquinas simplemente nos rociemos de aceite para seguir produciendo ino! Es más bien dar gracias a Dios que su plan perfecto de amor se derrama y desarrolla en nuestras vidas en medio de lo que vivimos.

Él es el ejemplo perfecto de santidad; solamente en él podemos ver con claridad la manera de vivir, dejándonos conducir como él lo hizo, por el Espíritu Santo que sabe perfectamente lo que somos, de dónde venimos, en dónde estamos y hacia dónde vamos. No nos dejemos intimidar por lo que le hombre llevado por la ambición y falta de fe nos quiera amenazar, apartándonos de la verdadera fe. Recordemos que el camino puede tornarse en un camino ancho en el que se deja llevar por la amplitud de ideologías mundanas, por pensamientos idolatras y sobre todo por toda codicia de poder. Este camino se hace ciertamente ancho por el simple hecho de que en medio del caminar muchos se pierden, se mueren y se apartan unos de otros. Aun hay otros que en su caminar por esta ruta, discuten entre ellos, cada cual buscando su propia verdad, cada quien con un mapa, como buscando un tesoro escondido al que nunca llegarán.

En cambio los que nos decidimos por el camino angosto, experimentamos las dificultades, las caídas, las apretazones y las persecuciones por todos aquellos que nos señalan y se burlan por no caminar como ellos. Es que no es fácil lo dijimos anteriormente. No es fácil aceptar que somos diferentes en Cristo; no es fácil dejarnos conducir por su Espíritu de amor; que no es fácil experimentar lo que él experimentó y sobre todo saber que el seguir su ejemplo nos aparta de todo aquello que delita nuestro cuerpo.

Posiblemente alguien en este momento va a decir: "Bueno si esto es profundizar en la encarnación de Cristo, prefiero detenerme y devolverme pues no podría soportar un paso más" Y es que los verdaderos cristianos son los que prosiguen

el camino, se dejan guiar por esa verdad para llegar a la vida eterna (Jn 14: 6) Nunca en las quejanzas, más bien en alabanzas, adoración y exaltación de aquel que encarnado nació de una Virgen y se dio al mundo para su salvación.

Por lo tanto como creyentes, dejémonos conducir por amor y disfrutemos de su Cuerpo consagrado que nos lleva a una vida en abundancia, pues en realidad nosotros ya lo tenemos hecha ya que él dio su vida carnal en nuestro lugar y entonces nosotros de que nos quejamos o por qué buscamos en otros lados lo que tan grandemente encontramos en medio de nuestra fe, una fe que profesamos diariamente *"...Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho. Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilatos, padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria..."*

**Semejante a nosotros menos en el pecado:** Jesucristo es *verdadero hombre*. Continuamos la catequesis anterior dedicada a este tema. Se trata de una verdad fundamental de *nuestra fe*. Fe basada en la palabra de Cristo mismo, confirmada por el testimonio de los Apóstoles y discípulos, transmitida de generación en generación en la enseñanza de la Iglesia: "Credimus... *Deum verum et hominem verum...* non phantasticum, sed unum et unicum Filium Dei" (Concilio Lugdunense II: *DS*, 852).

Hoy día vivimos una realidad diferente a la de nuestros antepasados y por lo tanto la experiencia de Cristo hombre se ve de manera sub real y ciertamente por los mismos avances científicos, nos vamos cegando a esa realidad latente en nuestro diario vivir.

Las situaciones a las que estamos expuestos y la manera en la que reaccionamos a ellas, nos llevan a pensar que Dios es un ser que se encuentra solamente en las tradiciones de nuestros abuelos y en vez de buscar soluciones prácticas de fe, nos envolvemos en todo aquello que ciertamente nos aleja de él.

El hombre desde el principio ha sido débil y a estado en constante lucha contra el pecado. Hoy el hombre sigue luchando en contra de fuerzas que ya han sido derrotadas y que por lo tanto ya no deberían de sonsacar al creyente con miedos, tentaciones y caídas en el fango del pecado pues Jesús mismo en su humanidad nos demostró que si se puede vivir sin pecar. "¿Por qué no reconocéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Éste era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira. Pero a mí, como os digo la verdad, no me creéis. *¿Quién de vosotros puede probar que soy pecador?* Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis?" Jn 8: 43-46

De todas maneras y muchas formas el Diabolo ha querido sub rayar nuestras debilidades haciéndonos sentir que no valemos nada y que debemos de seguir luchando en contra de la voluntad de Dios para nuestras vidas. Jesucristo mismo, quien como dijimos anteriormente, se hizo Carne (*sarx*) y vivió entre nosotros, experimentó en su humanidad todo aquello que le aquejaba al hombre; el sonrió y sintió gozo cuando se inundó del Espíritu Santo (Lc 10: 21), lloró (Lc 9: 41-42; Jn 11: 33-35), él se molestó (Mt 21: 12-13), se sintió débil (Mc 14: 33-34; Mt 26: 37) y lo más importante, experimentó la persecución, los golpes, las angustias, las humillaciones, los dolores de los clavos, la Corona de espinas, los latigazos (Mt 26: 47; 27: 1ss), etc. Pero en los Evangelios resulta, sobre todo, que Jesús ha amado. Leemos que durante el coloquio con el joven que vino a preguntarle qué tenía que hacer para entrar en el reino de los cielos, 'Jesús poniendo en él los ojos, lo amó' (Mc 10: 21) El Evangelista Juan escribe que 'Jesús amaba a Marta y a su hermana y a Lázaro' (Jn 11: 5), y se llama a sí mismo 'el discípulo a quien Jesús amaba' (Jn 13: 23) Y en medio de todo eso él nos invita a creerle, a serle fiel y sobre todo a vivir de acuerdo a la voluntad del Padre.

La hora de la pasión, especialmente a agonía en la cruz, constituye, puede decirse, el zenit del amor con que Jesús, "habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin" (Jn 13: 1). 'Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos' (Jn 15. 13). Contemporáneamente, éste es también el zenit de la tristeza y del abandono que El ha experimentado en su vida terrena. Una expresión penetrante de este abandono, permanecerán por siempre aquellas palabras: 'Eloí, Eloí, lama sabachtani?... Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?' (Mc 15: 34) Son palabras que Jesús toma del Salmo 22 (22: 2) y con ellas expresaba el desgarramiento supremo de su alma y de su cuerpo, incluso la sensación misteriosa de un abandono momentáneo por parte de Dios. ¡El clavo más dramático y lacerante de toda la pasión!

No podemos, ni debemos dejar que las circunstancias de nuestras vidas nos engatusen y mangoneen al son del Diabolo. No debemos de permitir que las tentaciones nos dominen y nos lleven a la muerte. Debemos de creer que Jesús ha dado su vida por la salvación del mundo y aun no siendo pecador, cargó con los pecados del mundo haciéndose pecado en la Cruz para que por medio de ese sacrificio fuéramos reconciliados con el Padre. (Rom 5: 10; 2 Cor 5:19.21)

**Ser su imagen:** Enfoquémonos ahora en el mismo ejemplo de Jesús: Él nos pide que nosotros hagamos lo mismo, que reflejemos su imagen a los demás, que lo imitemos en todo sentido posible y que en eso nos dejemos inundar de su amor para dar amor a Dios y al prójimo como a nosotros mismos.

La Escritura nos dice: "Tomó luego pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: «Éste es mi cuerpo que se entrega por vosotros; *haced esto en recuerdo mío.*»" Lc 22: 19 En esa expresión: "*haced esto en recuerdo mío*" está expresado todo el sentido de la igualdad con Cristo a la que estamos llamados.

Primero que nada tenemos que analizar la primera parte: Jesús toma el pan y después de una acción de gracias, lo "parte" y se los da a sus apóstoles; Jesús se parte en igualdad sobre toda la humanidad pues no pretende que ninguno de nosotros seamos uno más que el otro. Él en su humildad se nos da en partes iguales, en amor y sabiduría, en respeto por ser creación de Dios, dándonos la misma medida en su amor que demostró al sacrificarse por nosotros. El problema ha sido siempre que el hombre busca en otras maneras su propia felicidad y con ello se vuelve egoísta y ego centrista, dando parte al Diablo para introducirse en su vida y quebrar todo aquello que ha recibido de parte de Dios. Es por ello que el hombre (y la mujer también), vive con angustias y tristezas pues ha dejado al enemigo tomar control de su vida, llenándose de odios y rencores, dando golpes de atarantado cuando no concibe en su corazón la grandeza del amor pleno y eterno con el que Jesús le ha amado.

El hombre se deja quebrar cuando en su interior se deja llevar por el hecho de no "querer" perdonar a aquellos que le hicieron mal. Si bien es cierto que lo que nos hicieron es muy doloroso y que de alguna manera ese mismo dolor no nos permite abrirnos a una reconciliación, es también por demás decir que Jesús mismo se dio en plenitud para el perdón de todo aquello que hemos hecho en contra suya; todos aquellos golpes que damos al prójimo (especialmente a nuestras propias familias), son los mismos golpes de le hemos dado a Cristo.

De ninguna manera podemos nosotros afirmar que Dios nos ama y que se nos dio en partes iguales cuando nosotros mismos no creemos en su amor. Es que la clave para comprender ese "partirse" es el "creer" que él lo hizo verdaderamente por cada uno de nosotros y en especial por mí. ¿Cómo pretendo decir que vivo en su amor y no creo en él que se dio por mí en amor? Es imposible poder sobre llevar una vida que nosotros mismos hacemos de conflicto por el simple hecho de estar con Jesús tomando de todo lo que él nos da solamente cuando "necesitamos" y cuando nos sentimos mejor lo dejamos entre el gabinete de las medicinas pues ya no tenemos más dolor. Eso significa que solamente creemos en él cuando tenemos problemas o necesidades y es por ello que estamos constantemente en quejabanzas por el simple hecho de no creer plenamente en que él se partió así mismo por que nos ama con amor eterno (Jer 31: 3)

Jesús cuando les hablaba a sus apóstoles, les hacía referencia a esto mismo: "Cuando venga él (el Paráclito del griego "Paracletos" abogado, consolador), rebatirá al mundo en lo que toca al pecado, al camino de justicia y al juicio. ¿Qué pecado? Que no creyeron en mí" Jn 26: 8-9

Que terrible es que aun sabiendo lo que él hizo por nosotros, aun cuando estamos en sus caminos, no creemos verdaderamente en su amor. Es difícil lo sabemos, pues los trajines del diario vivir, las rutinas y nuestra respuesta a todo ello, nos van apartando de la realidad del Cristo que nos ama y que nos demuestra que si se puede, que si se puede salir de lo sub real de la vida si tan solo le creyéramos.

Eso nos lleva al segundo punto de la cita que estamos reflexionando: "*haced esto en recuerdo mío*" Si en la reflexión anterior nos enfocamos en el hecho de creer en su acción de partirse en igualdad con cada uno de nosotros, veremos ahora el otro punto, el de poner nosotros mismos en acción lo que creímos de él.

La pregunta clara viene siendo: ¿Qué significa ese "haced esto"? ¿Qué es ese "esto"? Si anteriormente dijimos que él se partió, entonces cuando él nos invita a hacer lo mismo, nos está haciendo un llamado a vivir en igualdad ese mismo sacrificio que nos lleva a reconocer que nuestros corazones deben de estar siempre abiertos a entregar nuestras vidas por todos aquellos quienes un día nos lastimaron emocionalmente, físicamente y espiritualmente.

No podemos solamente pretender que vivimos la fiel enseñanza de Cristo que libre de pecado se hizo pecado en la Cruz (2 Cor 5: 19) si no sacrificamos nosotros mismos nuestras vidas por amor a todos esos que nos hicieron el mal. Yo no puedo decir que creo en que él se partió por mí, sino aplico con hechos lo que creo. Cómo pretendemos llamarnos fieles seguidores de Jesús y le proclamamos en cada uno de nuestros actos de fe y muchos de ellos de religiosidad popular, cuando no vivimos a plenitud el verdadero amor por el cual él mismo vivió sin pecar.

La realidad es que nuestras vidas deben de enfocarse en esos dos Grandes mandamientos de Jesús. "Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo" Mc 12: 28-34 Cuando nosotros decimos que amamos a Dios, entonces estamos diciendo que verdaderamente amamos a todos los que nos rodean, a nuestros familiares, amigos y enemigos; a los que nos han hecho bien y a los que nos hicieron mal. Se trata de demostrar que somos fieles a la misma voluntad de Dios y que seguimos el claro ejemplo de Jesús cuando allá en el huerto del Getsemaní, en medio de agonía proclamó aquella expresión nacida de su más profundo amor por todos aquellos que le rechazaron y no le creyeron: "Y les dice: «Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad.» Y adelantándose un poco, caía en tierra y

suplicaba que a ser posible pasara de él aquella hora. Y decía: « ¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que *yo quiero, sino lo que quieres tú.*»” Mc 14: 35-36

En distintas comunidades descubrimos a los fieles seguidores de la fe, que aun profesando con palabras lo que han aprendido de los mismos apóstoles, viven en eterno conflicto por el hecho de no creer en el amor. Veamos en nuestra propia comunidad como a pesar de que “andamos” en lo mismo hay entre nosotros gente que se dice así misma seguidora y creyente de Cristo y por más que se vea entregado a sus rezos y a sus participaciones en todo acto de religiosidad popular, no consiguen ser felices y mucho menos viven en paz pues sus corazones están llenos de todo tipo de odio y rencor, sus almas llenas de celos, vanidades y vanas glorias, creyéndose gente importante pues son de la Iglesia y más sin embargo son como doña Carlota, aquella mujer que siendo como ellos, poncho más de cien pelotas.

Porqué nos cuesta comprender lo sencillo que es ser como Jesús. Por qué vivimos y nos hacemos parte de este mundo en todos los aspectos de sus oscuridades. Por qué no le permitimos a nuestro espíritu llenarse del Espíritu del Señor. Somos creados a imagen y semejanza de Dios (Gen 1: 26) y aun sabiendo eso nos cuesta comprender que si somos carnales y propensos al pecado, también debemos de entender que Cristo mismo siendo de la misma naturaleza como hablamos anteriormente, no cometió pecado. “Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo sufrió por vosotros, *dejándoos un modelo para que sigáis sus huellas.* El que no cometió pecado, *y en cuya boca no se halló engaño;* el que, al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba, sino que se ponía en manos de Aquel que juzga con justicia; *el mismo que, sobre el madero, llevó nuestros pecados* en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la justicia; *con cuyas heridas habéis sido curados.* Erais *como ovejas descarriadas,* pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras almas. 1 Ped 2: 21-25

Por lo tanto debemos de imitarle en todos los aspectos de su vida. Inclusive debemos de profundizar en el partirme a mí mismo por amor, dándonos en derrame de perdón, reconciliándonos los unos a los otros, pidiendo perdón por nuestras faltas y no solamente en el Sacramento de la Reconciliación, más bien en el de acercarnos a todos y cada uno de aquellos a los que hemos herido, matando sus almas y creando en ellos el mismo odio y rencor del cual nosotros mismos hemos sido presas.

¿Cómo podríamos comprender ese sacrificio al cual estamos llamados? Alguien puede decir por ahí que somos humanos y que por lo tanto somos débiles ante tal situación. Es cierto somos humanos como lo fue Cristo, somos débiles como el mismo Cristo lo fue en su momento. La diferencia es que Jesús no se dejó vencer por lo malo de su vida carnal (no hablamos de su carne en el pecado sino de todo aquello que experimentó en su humanidad), más bien, venció el mal a causa de hacer el bien (Rom 12: 21) En ello nos da a entender que podemos hacernos semejantes en todo aspecto a la imagen de Dios que está impregnada en nuestras vidas.

Pablo mismo lo decía bien claro: “ *Tres veces rogué al Señor que lo alejara de mí pero me dijo: «Te basta mi gracia, mi mayor fuerza se manifiesta en la debilidad».* Con mucho gusto, pues, me preciaré de mis debilidades, para que me cubra la fuerza de Cristo. Por eso *acepto con gusto* lo que me toca sufrir por Cristo: enfermedades, humillaciones, necesidades, persecuciones y angustias. *Pues si me siento débil, entonces es cuando soy fuerte*” 2 Cor 12: 8-10 Eso es todo. Cuando comprendemos esto, estamos realmente entendiendo el verdadero significado de “*hacer esto en memoria mía*” Pues si nos reconocemos débiles ante la grandeza de Dios que obra en nuestras vidas por el amor infinito con el que él nos ama, entonces en eso mismo nosotros podremos amar a todos los que nos aman y aun mayor, a todos aquellos que pensamos que no nos aman y a los que nos cuesta amar.

Es que partirnos significa que estamos dispuestos a dar nuestras propias vidas en sacrificio por amor. Morir significa vivir y en nuestras vidas eso se vive al revés: “Vivo por vivir, pues vivir es morir” Nos cuesta reconocer eso mismo en lo profundo de nuestro ser. ¿Qué hay en nuestros corazones? ¿Qué es lo que nos motiva a seguir adelante en medio de todo lo que vivimos? La verdad es que debemos soltarnos a su misericordia, teniendo nosotros mismos misericordia por los demás. Debemos de ser fieles y vivir nuestra propia pobreza de espíritu. Es decir, que nos vamos a soltar de todas aquellas cosas que inundan nuestro corazón (pecado en todas sus formas) y dejar que las riquezas de Dios llenen el vacío que deja el no vivir de acuerdo a su plan perfecto de amor.

Cristo manifiesta “plenamente” el hombre al propio hombre por el hecho de que El “no había conocido el pecado”. Puesto que el pecado no es de ninguna manera un enriquecimiento del hombre. Todo lo contrario: lo deprecia, lo disminuye, lo priva de la plenitud que le es propia.

“Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor. Pues el que amar al prójimo, ha cumplido la ley. En efecto, lo de: *No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás* y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud” Rom 13: 8-10

Esto es una clara realidad en nuestras vidas. En la misma Cristología podemos comprender que el separarnos de ese amor significa que nos separamos no solamente de Dios, sino que, también lo hacemos de nuestros hermanos (familia, amigos, compadres, etc.) Lo hermoso de todo es que si lo vemos en un plano simple y humano entonces vamos a comprender que el mismo Espíritu de Dios que ya mora en nosotros, actúa como conciencia de todo cuanto hacemos y no hacemos. A esto llamamos “acto de conciencia o moral”

**La moral en la cristología:** Nuestra conciencia se debe de ir formando con respecto a nuestras propias experiencias en la vida. Cada vez que nos acercamos a las orillas del pecado, debemos de recordar que un día estuvimos allí y que sabemos las consecuencias que eso trae a nuestras vidas y las vidas de los que nos rodean. Los golpes nos maduran y nos hacen cada vez más fuertes; y esto no lo mencionamos en el sentido de hacernos duros ante lo que nos han hecho o que nuestros corazones se hagan tan rígidos que no “sentamos” todo aquello que sin pensarlo o sin saberlo, nos condujeron por las calles de la amargura y es por ello que ahora odiamos al que nos violó, al que nos abusó físicamente, psicológicamente y por qué no decirlo al que nos abusó espiritualmente. No hablamos de ese tipo de fortaleza, más bien en el sentido del amor.

Otro aspecto de la moral es el hecho de aportar a la sociedad, tomando decisiones que nos afectan no solamente como comunidad, sino que como hijos de Dios. En los momentos en los que se pisotean los derechos de los niños que sin saberlo son asesinados por medio del aborto, de los convictos en proceso de condena de muerte, en la asistencia de muerte a aquellas personas que en su enfermedad experimentan dolor y que en su búsqueda de alivio, inquieran la muerte asistida (eutanasia=Muerte sin sufrimiento físico), sin darse cuenta que en medio del sufrimiento es como verdaderamente se puede experimentar aun más de cerca la presencia de Dios y no solamente en ellos mismos, sino que a su vez en medio de toda la familia. En aspectos de mayor controversia como el de los anticonceptivos en todas sus formas, en el homosexualismo y lesbianismo (recordemos que la Iglesia no condena a la persona, sino el acto pues todos tenemos dignidad) En los derechos de los inmigrantes de la gente que aun esforzándose, trabajando como burro durante largas jornadas, no logran traer el pan de cada día; en los niños que mueren por desnutrición, en los enfermos que mueren de sida abandonados como animales o como despojos o desechos humanos por el simple hecho de ser pobres y tantos otros aspectos que no nos alcanzaría toda una vida para nombrarlos.

“En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal haz esto, evita aquello. Porque el hombre tiene una ley escrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente” GS #16

Debemos de hacer conciencia de nuestras vidas e interiorizar en lo más profundo del corazón y descubrir en él, todas aquellas cosas que de cierto modo hemos ido guardando y dejando en el olvido, pensando en que el tiempo lo borra todo. No es cierto. El tiempo no borra nada si nosotros no estamos dispuestos a perdonar a los que nos ofendieron y a pedir perdón a los que ofendimos.

Cuando profundicemos en este aspecto de nuestra moralidad, entonces comprenderemos a plenitud la gracia de Dios que se derramó por nosotros en su Hijo Jesucristo, que aunque no pecó, tomó las cargas de nuestros pecados y dando por nosotros su vida misma en la Cruz, nos salvo de la muerte del pecado. Entonces ¿por qué no cambiar nuestra actitud que nos tiene todavía atados a nuestras desavenencias y cegados por nuestras oscuridades, no permiten reflejar en nosotros lo que a gritos nuestras conciencias nos señalan desde lo más íntimo de nuestro ser?

Y sea por orgullo o falta de conocimiento, el motivo de vivir de la manera en la que vivimos con el moco caído; comprendamos que hoy Dios no da una nueva oportunidad para salir adelante y sobre todo para que maduremos nuestra conciencia y sepamos tomar las decisiones correctas para una vida feliz sin cadenas o ataduras. Por lo tanto si Jesús no pecó, entonces nosotros estamos llamados a hacer lo mismo.

**Aquel que se despojo a sí mismo:** "Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: El cual, siendo de condición divina, no codició el ser igual a Dios sino que se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo.

Asumiendo semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre, se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz" Fil 2: 4-8

¿Qué significa esto para nosotros? Primero nos dice Pablo que debemos de tener "*los mismos sentimientos que Cristo*" En realidad, sabemos que lo que Cristo vivió no fue cosa de sentimiento, más bien de experiencia pues ¿quién entre nosotros ha "sentido" su cruz? Más bien, cada uno ha experimentado en carne propia lo que es cargar con la cruz. Aquí Pablo se refiere al hecho de despojarse de sí mismo como Dios y hacerse semejante al hombre en todo sentido. A su vez nos plantea la forma en la que en su humanidad se humilló por amor, al grado que entregó su propia vida por la restauración del hombre sobre la tierra.

En todo eso, él atravesó momentos duros y pasó por senderos dolorosos que fueron raíz a una vida que se partió por todos los que amó con amor eterno. Pero para ello tuvo que vivir y experimentar en carne propia lo que significaba eso de "*despojarse de su divinidad*" En realidad desde el mismo inició de su vida, él fue experimentando los sacrificios que el hombre atraviesa, siendo de condición humilde, se vio limitado económicamente, haciéndose responsable a una joven edad de llevar el alimento a la casa, ya que José su padre terrenal había fallecido. Jesús supo comprender muy bien lo que significaba ser pobre; él podía relacionarse con el pueblo que experimentaba persecución y el estar bajo el régimen imperialista. Es por ello que las mismas experiencias de su propia vida, contribuyeron a que en su humanidad, supiera comprender a plenitud el verdadero valor de la vida humana. "Cuando comenzó su enseñanza, *una extrema pobreza* siguió acompañándolo, como atestigua de algún modo él mismo refiriéndose a la precariedad de sus condiciones de vida, impuestas por su ministerio de evangelización. "Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza" (Lc 9: 58)

"En este contexto, el *hacerse semejante a los hombres* comportó *una renuncia voluntaria*, que se extendió incluso a los "privilegios" que Él habría podido gozar como hombre. Efectivamente, asumió "la condición de siervo". No *quiso pertenecer a las categorías de los poderosos*, quiso ser como el que sirve: pues, "el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir" (Mc 10: 45)

"*La misión mesiánica* de Jesús encontró desde el principio objeciones e incomprensiones, a pesar de los "signos" que realizaba. Estaba bajo observación y era perseguido por los que ejercían el poder y tenían influencia sobre el pueblo. *Por último, fue acusado, condenado y crucificado*: la más infamante de todas las clases de penas de muerte, que se aplicaba sólo en los casos de crímenes de extrema gravedad especialmente, a los que no eran ciudadanos romanos y a los esclavos. También por esto se puede decir con el Apóstol que Cristo asumió, literalmente, la "condición de siervo" (Fil 2, 7)

A eso mismo estamos llamados todos los cristianos; a vivir a plenitud el ejemplo de Jesús que despojándose de su realeza, se entregó de corazón y no solamente de la boca para afuera como muchos de nosotros, más bien, de lo más íntimo de su corazón.

Cristo supo el verdadero significado de "amor eterno" (Jer 31: 3) Él lo predicó, porque lo vivió. Algunos de nosotros lo predicamos pero no lo vivimos. ¿Por qué? Pues por el hecho de saber que el hacerlo significa que estoy dispuesto a dar mi propia vida (no como Pedro que a la hora de la hora lo negó tres veces), que estoy dispuesto a sacrificar mi vida por todos aquellos que me lastimaron, me ofendieron y me hirieron. No es fácil, lo comprendemos perfectamente y claro siempre podemos dar esa misma excusa: "Es que soy humano y por lo mismo soy débil" Es cierto somos carne, pero también en nuestra humanidad poseemos lo que los otros seres terrestres no poseen... ¡Espíritu! Es ese mismo Espíritu que Dios sopló sobre nosotros al momento de crearnos, el que nos da la fuerza para continuar en este sendero que nos lleva a experimentar en carne propia el verdadero sentido de nuestra cruz.

"San Pablo utiliza también otra palabra: "*se humilló a sí mismo*". Esta palabra la inserta él en el contexto de la realidad de la redención. Efectivamente, escribe que Jesucristo "se humilló a sí mismo, obedeciendo *hasta la muerte y muerte de cruz*" (Fil 2: 8). Aquí se describe la "Kenosis" (del griego → *ekénosen*=*vaciarse así mismo*) de Cristo en su dimensión definitiva. Desde el punto de vista humano es *la dimensión del despojamiento* mediante la pasión y la muerte infamante. Desde el punto de vista divino es *la redención* que realiza el amor misericordioso del Padre por medio del Hijo que obedeció voluntariamente por amor al Padre y a los hombres a los que tenía que salvar. En ese momento se produjo un nuevo comienzo de la gloria de Dios en la historia del hombre: la gloria de Cristo, su Hijo hecho hombre. En efecto, el texto paulino dice: "Por lo cual *Dios le exaltó* y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre" (Fil 2: 9)

Como podemos ver, Jesús que verdaderamente es Dios y hombre a la vez, no escatimo lo grande de su majestuosidad, sino que nos vino a demostrar que realmente si se puede vivir de acuerdo a su plan perfecto de amor. Eso mismo es a lo que todos nosotros estamos llamados; a vivir la misma experiencia de Cristo en nuestras vidas para los demás.

Es que no podemos simplemente decirnos cristianos católicos, cuando despreciamos el dolor y la angustia, cuando no queremos ningún tipo de sufrimiento, ya sea esté una enfermedad o una situación difícil en el hogar. Pero si queremos la gloria eterna y que Dios nos perdone así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

Toda nuestra vida se manifiesta en el sentido del bienestar y cuidamos tanto nuestra felicidad que ciertamente nos olvidamos de que en esa protección descuidamos a todos aquellos que nos rodean e inclusive por eso mismo, nos cuesta perdonar de la misma manera que él nos perdona. La realidad es que vamos a comprender ese perdón desde el mismo instante en el que nos humillemos ante Jesús y en esa misma humillación reconozcamos que nuestra felicidad se encuentra solamente en el amor y el perdón.

Ya el mismo San Pablo nos habla sobre como Jesús entregándose a la muerte en la cruz del Calvario, se hizo él mismo pecado para que por medio de crucifixión, nosotros fuéramos reconciliados con el Padre (2 Cor 5: 19; Rom 5:10) Sabemos que Cristo nos toma de la mano (a los que se dejan), y nos guía por senderos que muchas veces no queremos recorrer a pesar de que vamos con él. Recordemos que él mismo es el Camino que nos lleva a la vida eterna, pero que antes de llegar a nuestro último destino, es necesario que nos conduzca por el camino angosto que nos lleva directamente a la Cruz. No podemos imaginarnos cómo es que, después de todo lo que sufrimos y dolimos por consecuencia del Evangelio, tenemos que a travesar por la Cruz, para llegar al Cielo.

Por eso mismo él, en su humanidad, nos vino a demostrar que si podemos llegar. No vino solamente a echarnos porras y decirnos "¡Sí se puede, sí se puede! Sino que nos demostró la forma en la que se puede. En la clase anterior hablamos de cómo Jesús se partió en partes iguales por todos nosotros y cómo en ese momento empezó a experimentar en su cuerpo carnal (sarx) el peso de todos los pecados del mundo. Ahora vemos como él en el instante más dramático de su vida humana, experimento el verdadero significado de "Eso es mi Cuerpo, que será entregado por todos los hombres" En ese momento de su Pasión, en huerto del Getsemaní, en el que la angustia tomo parte de su vida carnal y eso mismo lo llevó a la experimentar la debilidad humana, con todas sus corrientes de odios, celos, iras, falsos testimonios; enfermedades, drogas, vicios; infidelidades, sexo desordenado, pornografías; faltas de amor y atención por otros; ver al hambriento y darle de comer, al desnudo y no vestirlo, al enfermo y no atenderle, al preso y no visitarlo.

Qué tremendo. Creo que es bien difícil poder comprender del por qué Jesús sudó sangre, cuando con rostro plantado en tierra, pronunciaba aquella frase "Si es posible aparta de mí esta Copa que estoy a punto de beber. Pero que no se haga mi voluntad sino la tuya" (Mc 14: 36)

¿Quién de nosotros ha experimentado alguna vez ese mismo tipo de angustia en nuestras propias vidas? La realidad es que si hemos experimentado en alguna ocasión los duros golpes de la vida, pero nunca la misma experiencia de Jesús al dejar que fuera la voluntad del Padre que ve con ojos de amor y que en medio de todo lo que vivimos y atravesamos, nunca nos dejará de su lado cuando confiamos plenamente en que su amor estará siempre con nosotros en medio de toda aquella oscuridad.

Démonos cuenta de los pasos que Cristo nos pide que vivíamos: Primero: nos pide que amemos como él nos ama (Jn 13: 43) Segundo: nos pide que nos partamos como él se partió (Lc 20: 19) Tercero: que nos humillemos y nos despojemos de todo aquello que no nos permite amar y perdonar (Fil 2: 48) Cuarto: que caminemos con él en el verdadero amor hasta llegar a nuestra propia cruz (Jn 14: 6) Quinto: que carguemos con nuestra cruz (Mc 8: 34-35) Sexto: que en medio de lo que estemos atravesando en este momento, dejemos que sea en nosotros su voluntad (Mc 14: 36) Y cuando estemos seguros de que hemos seguido cada uno de esos pasos, entonces nos daremos cuenta que realmente nuestras vidas no pertenecen al pasado, más bien, pertenecen a un presente fundado en el verdadero amor reconciliador de Cristo y que en ello sembramos vida en todos aquellos que nos golpearon, para que el día de mañana estemos cosechando la eternidad, en donde no habrá más llanto ni dolor pues todo lo demás habrá pasado (Ap 21: 4)

**Amigo de los pecadores, solidario con todos los hombres:** "*Jesucristo, verdadero hombre, es "semejante a nosotros en todo excepto en el pecado"*. Este ha sido el tema de la catequesis precedente. El pecado está esencialmente excluido de Aquél que, siendo verdadero hombre, es también verdadero Dios ("verus homo", pero no "merus homo").

Toda la vida terrena de Cristo y todo el desarrollo de su misión testimonian la verdad de su *absoluta impecabilidad*. El mismo lanzó el reto: "¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?" (*Jn* 8: 46). Hombre "sin pecado", Jesucristo, durante toda su vida, *lucha con el pecado* y con todo lo que engendra el pecado, comenzando por Satanás, que es el "padre de la mentira" en la historia del hombre "desde el principio" (cf. *Jn* 8: 44). Esta lucha queda delineada ya al principio de la misión mesiánica de Jesús, *en el momento de la tentación* (cf. *Mc* 1: 13; *Mt* 4: 1-11; *Lc* 4: 1-13), y alcanza su culmen *en la cruz y en la resurrección*. Lucha que, finalmente, termina con la victoria"

Jesús mismo nos muestra con testimonio de vida, la manera en la que debemos de actuar en la vida. Primero que nada tenemos que reconocer que somos hijos de Dios y en el eso, descubrir que si somos sus hijos entonces tenemos dignidad. Cristo, supo reconocer esto mismo en su propia vida y ello lo llevó a actuar en una manera firme y eficaz en contra de toda tentación de pecado en su vida. No es porque él fuera "bueno", porque uno solo es bueno y ese es Dios (*Lc* 18: 18), pero para que nosotros mismos tomáramos su ejemplo de vida.

Tenemos que reconocer que no porque él no cometiera pecado significa que eso lo hace diferente a nosotros en el sentido humano; No es así, por el contrario, eso lo acerca aun más pues él ve en nosotros los hombres las debilidades que nos afectan en la carne porque él mismo lo experimentó. Él siempre estuvo preocupado de todos aquellos que eran rechazados por la sociedad y marginados por sus contemporáneos "Lo acusaban de ser "amigo de publicanos (es decir, de los recaudadores de impuestos, de mala fama, odiados y considerados no observantes: (*Mt* 5: 46; 9: 11; 18: 17) y pecadores". Jesús no rechaza radicalmente este juicio, cuya verdad —sin importar cuán alejados estaban de Dios por sus propias acciones— aparece confirmada en muchos episodios registrados por el Evangelio. Así, por ejemplo, el episodio referente al jefe de los publicanos de Jericó, Zaqueo, a cuya casa Jesús, por así decirlo, se auto-invité: "*Zaqueo, baja pronto* —Zaqueo, siendo de pequeña estatura, estaba subido sobre un árbol para ver mejor a Jesús cuando pasara— porque hoy me hospedaré en tu casa". Y cuando el publicano bajó lleno de alegría, y *ofreció a Jesús la hospitalidad de su propia casa*, oyó que Jesús le decía: "Hoy ha venido la salud a tu casa, por cuanto éste es también hijo de Abraham; pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido" (*Lc* 19: 1-10). De este texto se desprende no sólo la familiaridad de Jesús con publicanos y pecadores, sino también el motivo por el que Jesús los buscara y tratara con ellos: su salvación"

Es por ello que debemos de comprender que aun siendo pecadores (muy pecadores), hay que buscar siempre el acercamiento a Dios. Es interesante el descubrir en las lecturas del tiempo de Pascua, especialmente en las segundas de cada domingo en las que escuchamos a Pedro en su primera carta, compartir sobre el hecho de Cristo que resucitó de entre los muertos para darnos una vida eterna y una nueva esperanza y como cada uno de nosotros somos tentados por el pecado y como en medio de esa misma tentación seremos atravesados por el fuego como oro, no para que Dios sepa nuestro verdadero valor, más bien, para que por medio de eso nuestras almas se vayan purificando. (1 Ped capítulo 1)

Siempre que se nos pregunta: "¿Cómo estás?" Respondemos: "¡Bendecido!" Pero realmente no sabemos dar una respuesta del por qué estamos bendecidos. Es que estar bendecido es estar sentado a la mesa con el Señor. Recordemos que Jesús vino en busca de enfermos y pecadores y que son a ellos los que él va a dedicar tiempo, no porque los demás "santos" no necesiten de él, pero porque él vino a buscar lo que estaba perdido. "Sentarse a la mesa con otros —incluidos "los publicanos y los pecadores"— es un *modo de ser humano, que se nota en Jesús* desde el principio de su actividad mesiánica. Efectivamente, una de las primeras ocasiones en que él manifestó su poder mesiánico fue durante el banquete nupcial de Caná de Galilea, al que asistió acompañado de su Madre y de sus discípulos (cf. *Jn* 2: 1-12). Pero también más adelante Jesús solía *aceptar las invitaciones* a la mesa no sólo de los "publicanos", sino *también de los "fariseos"*, que eran sus adversarios más encarnizados. Veámoslo, por ejemplo, en Lucas: "Le invitó un fariseo a comer con él, y entrando en su casa, se puso a la mesa" (*Lc* 7: 36) Durante esta comida sucede un hecho que arroja todavía nueva luz sobre el comportamiento de Jesús para con la pobre humanidad, formada por tantos y tantos "pecadores", despreciados y condenados por los que se consideran "justos". He aquí que *una mujer conocida en la ciudad como pecadora* se encontraba entre los presentes y, llorando, besaba los pies de Jesús y los ungía con aceite perfumado. Se entabla entonces un coloquio entre Jesús y el amo de la casa, durante el cual establece Jesús un vínculo esencial entre la remisión de los pecados y el amor que se inspira en la fe: "...le son perdonados sus muchos pecados, porque ella amó mucho... Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados... Tu fe te ha salvado, ivete en paz!" (*Lc* 7: 36-50)

La clara realidad de Jesús que viene a experimentar en carne propia lo que significa vivir en este mundo tan lleno de todo aquello que va alejando al hombre de Dios. Esta mujer de la que habla el Evangelio, reconoció el amor tan profundo de Cristo que la rescató de su pecado y sentirse libre, aceptó la gracia en su vida; es por ello que al experimentar el nacer de nuevo, se llenó de amor en su interior y ello le impulsó a derramar ese perfume sobre sus pies. En ese tiempo el que era el anfitrión de la fiesta, estaba obligado a ofrecer agua por tradición, para lavar los pies de sus invitados y en esta ocasión el fariseo que estaba empapado de toda la ley y conocimiento de tradiciones, no lo hizo y más sin embargo, crítico el hecho de la mujer que al final de cuentas terminó secando los pies con sus cabellos.

Esta acción "humillante" de aquella mujer, hizo que Jesús terminará en ella lo que había empezado un día: su liberación total. Jesús le perdona sus pecados (sanidad interior) y luego le bendice diciéndole que su fe le ha salvado. Todo lo contrario a los fariseos esté en especial; ellos no querían estar en deuda con Dios porque les costaba sentirse perdonados; no sabían que entre Dios y nosotros el amor supone siempre que hemos sido perdonados. Nos puede parecer agradable el gesto de Jesús que perdona, pero lo que Jesús subraya es la capacidad de amar de María Magdalena. Los tres temas: Dios, amor y Jesús son aquí inseparables. ¿Un amor humano, verdadero y recíproco, pero en Dios? Allí había, sin duda, una revelación de Dios.

*Aquel al que se le perdona poco.* Esta no es una afirmación categórica. Muchos han amado apasionadamente a Jesús y no han sido grandes pecadores. Pero Jesús habla en tono irónico, dirigiéndose a un hombre muy "decente": Simón, tú piensas que debes poco, y por eso amas poco. Es por ello que el hombre se pierde en enredos causados por su ignorancia y falta de sentido real del verdadero amor a Dios. Es que no podemos desde ningún punto de vista decir que amamos a Dios cuando no estamos dispuestos a primero que nada, reconocer que le he faltado a Dios cuando no quiero perdonar a mis deudores y segundo, que el hecho de golpearme el pecho, no significa que estoy arrepentido de los golpes que yo mismo le he dado a otros (cónyuge, hijos, padres, etc.)

Es fácil decir: "Jesús te invito a mi corazón" y preparamos un rinconcito para que él esté allí, en el lugar más pequeño pues el lugar más amplio, está ocupado para el odio, el rencor, la falsedad, la ira, la cólera, los celos, etc. En fin todo tipo de pecado que no nos deja experimentar a plenitud la presencia de Dios en nuestras vidas. Jesús vino a tomar todo aquellos que nos aleja de su amor, pero no lo puede hacer sólo, él necesita de nosotros para poder lograr su cometido; quiere que nos salvemos y es por ello que se hace parte de nuestras vidas en la manera en la que actuamos en relación a los demás.

"No es el único caso de este género. Hay otro que, en cierto modo, es dramático: es el de *"una mujer sorprendida en adulterio"* (cf. Jn 8. 1-11). También este acontecimiento —como el anterior— explica en qué sentido era Jesús "amigo de publicanos y de pecadores". Dice a la mujer: "Vete y no peques más" (Jn 8. 11). Él, que era "semejante a nosotros en todo excepto en el pecado", *se mostró cercano a los pecadores y pecadoras para alejar de ellos el pecado.* Pero consideraba este fin mesiánico de una manera completamente "nueva" respecto del rigor con que trataban a los "pecadores" los que los juzgaban sobre la base de la Ley antigua. Jesús obraba *con el espíritu de un amor grande hacia el hombre*, en virtud de la solidaridad profunda, que nutría en sí mismo, con quien había sido creado por Dios a su imagen y semejanza" (Gén 1: 27; 5, 1)

Este "amor-solidaridad" sobresale en toda la vida y misión terrena del Hijo del hombre *en relación, sobre todo, con los que sufren* bajo el peso de cualquier tipo de miseria física o moral. En el vértice de su camino estará "la entrega de su propia vida para rescate de muchos" (Mc 10: 45) ¿En qué consiste esta solidaridad? Es la *manifestación del amor* que tiene su fuente en Dios mismo. El Hijo de Dios ha venido al mundo para revelar este amor. Lo revela ya *por el hecho mismo de hacerse hombre*: uno como nosotros. Esta unión con nosotros en la humanidad por parte de Jesucristo, *verdadero hombre*, es la expresión fundamental de su solidaridad con todo hombre, porque habla elocuentemente del amor con que Dios mismo nos ha amado a todos y a cada uno. *El amor es reconfirmado aquí de una manera del todo particular*: El que ama desea *compartirlo todo con el amado*. Precisamente por esto el Hijo de Dios se hace hombre.

Es por ello que nuestras vidas deben de estar siempre atentos a escuchar su voz que al hablar a nuestro corazón nos pide que nos abramos al arrepentimiento de nuestros pecados; a que lo aceptemos verdaderamente en nuestro corazón en su totalidad y eso significa que estaremos dispuestos a humillarnos, reconociendo que solamente por medio de él podremos alcanzar la verdadera libertad a la cual estamos llamados. "En esto reconocerán todos que son mis discípulos: en que se aman unos a otros" Jn 13: 35